

Declaración Final de los Padres Sinodales sobre la Evangelización

Esta declaración final del Sínodo de Obispo no es ni quiere ser el resultado más importante de la asamblea sinodal 1974. La finalidad del Sínodo no es hacer declaraciones finales a la Iglesia universal, sino informar y aconsejar al papa. Pero hemos recibido también y aceptamos con gozo esta declaración, tomada de *L' Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española No. 44,3 de noviembre de 1974, pp. 8-9:

1. En el Espíritu Santo nos alegramos por todo cuanto el Señor nos ha concedido en éste Sínodo y queremos compartir nuestra alegría con todo el pueblo de Dios, en primer lugar con nuestros hermanos en el Episcopado, a quienes hemos representado, y también con todos los que de algún modo se han sentido atraídos por el Evangelio de Cristo.

2. En la mutua y fraterna comunicación de nuestras experiencias, que juntos hemos realizado en entrañable unión con Pablo VI, sucesor de Pedro, hemos podido comprobar la íntima y sólida unidad que el Espíritu Santo opera incesantemente en la múltiple variedad de situaciones con que se enriquece la vida de la Iglesia. Hemos experimentado al mismo tiempo la fecundidad de la variedad que se manifiesta en nuestros diversos esfuerzos por implantar profundamente la integridad del Evangelio en los pueblos de distintas culturas, prolongando de algún modo la economía de la Encarnación de Dios que quiso emplear en su obra salvífica por medio de Cristo. De esta forma resplandece más eficazmente la Buena Nueva del Salvador.

3. Las abundantes riquezas que se han manifestado en esta mutua comunicación no podían compendiarse fácilmente sin menoscabo de su integridad. Por eso, después de habernos enriquecido muchísimo, hemos querido ofrecer, con toda confianza y sencillez, los frutos íntegros de este intercambio al Sumo Pontífice, esperando de él nuevos impulsos. Al mismo tiempo deseamos continuar en nuestras Iglesias particulares la fecunda experiencia hecha en el Sínodo, en espíritu de diálogo, principalmente con los presbíteros, con los religiosos y religiosas, con los teólogos y con todos los demás fieles. Y ahora, con esta Declaración queremos solamente manifestar algunas convicciones fundamentales y algunas orientaciones más importantes, con el fin de llevar adelante y profundizar la labor comenzada.

4. Sostenidos por nuestra fe en Cristo, muerto y resucitado para nuestra salvación, y fortalecidos por nuestra vivencia pascual dentro de la Iglesia, queremos confirmar de nuevo que el deber de evangelizar a todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia. Más aún, cuanto más profundos y amplios nos parecen los cambios actuales, tanto en las religiones e ideologías, como en las culturas y costumbres, tanto más evidente y apremiante se manifiesta la necesidad de proclamar el Evangelio a todas las naciones y a todos y cada uno de los hombres, especialmente a los que no se ha llevado aún el anuncio de la Buena Nueva de Cristo, dondequiera que se encuentren, de manera que se realice la evangelización y la implantación de la Iglesia en los pueblos y ambientes donde todavía no ha arraigado.

5. El amor de Cristo y su mandato apremian a todos los fieles, sin excepción exigiéndoles que dispensen a los demás los dones que gratuitamente han recibido. Por eso, la tarea de prolongar el Evangelio compete a todo el pueblo de Dios, reunido por el Espíritu Santo en la Iglesia mediante la Palabra de Dios y la Eucaristía, de manera que ningún cristiano de verdad se considere exento de cumplir este deber, como corresponde a su estado y en comunión con sus Pastores.

Abrigamos la confianza de que este Sínodo, junto con la insistente exhortación pronunciada por el Sumo Pontífice con ocasión del Día mundial de las Misiones haya ofrecido a todos los hijos de la Iglesia una nueva oportunidad para renovar el convencimiento íntimo y eficaz de su propia participación en la tarea de evangelizar. De manera especial nos dirigimos a los jóvenes, a quienes no queremos considerar solamente como destinatarios de la evangelización, sino también como especialmente aptos para evangelizar a los demás, sobre todo a sus coetáneos. Estamos también convencidos de que los jóvenes, buscando los valores fundamentales del Evangelio, y reclamando la verdadera autenticidad en la comprensión y el testimonio de la fe, nos estimulan e impulsan a los adultos a renovarnos continuamente en nuestra labor de evangelización.

6. Al mismo tiempo estamos profundamente persuadidos de que sin la gracia de Dios, derramada por el Padre en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, seríamos totalmente incapaces de desempeñar debidamente esta misión (cfr. Rm 5,5). En efecto, se trata de una tarea que exige la conversión interior incesante de todos y cada uno de los cristianos y la renovación continua de nuestras comunidades e instituciones. De esta manera, la fe se hace más firme, más pura, más íntima, y nosotros nos convertimos en testigos de la fe, más idóneos y dignos de mayor credibilidad, en virtud de la coherencia de toda nuestra vida individual y social con el Evangelio que tenemos que predicar; nos capacitamos, además para sopesar y discernir los signos de los tiempos y para conocer y respetar la acción del Espíritu de Cristo que actúa siempre en la vida de la Iglesia y en toda la Historia humana en orden a que todos logren la plenitud de una vida más abundante.

7. De aquí se desprende claramente la necesidad de la unión íntima con Dios, fomentada mediante la oración asidua, la meditación de la palabra de Dios y la contemplación, y robustecida y sostenida por la participación frecuente en los sacramentos, a fin de que el pueblo de Dios pueda dar más eficazmente testimonio de una verdadera comunidad fraterna, dispuesta a responder con prontitud a las expectativas de los hombres de buena voluntad, solidarizándose evangélicamente con sus problemas y angustias. Así la Iglesia se convierte en testigo más creíble del gozoso anuncio del Salvador del género humano y en instrumento más idóneo del Espíritu Santo para el ministerio de proclamar el Evangelio de Cristo.

8. En nuestros debates no hemos ignorado las dificultades u obstáculos, viejos y nuevos, que parecen oponerse a la labor evangelizadora. Más aún, han sido objeto de un atento examen algunos fenómenos de nuestro tiempo: así, la secularización, la cual si bien presenta algunos aspectos positivos, con todo se desliza con frecuencia hacia la ideología del secularismo que elimina completamente a Dios del horizonte de la vida humana y, por consiguiente, priva a la existencia de su sentido último; así también, el ateísmo en sus múltiples formas, ampliamente extendido en distintos países. Hay que estudiar con atención estos fenómenos e investigar más a fondo sus causas para poder descubrir también en ellas el llamamiento del Señor, que nos pide hoy mayor pureza en la confesión y en el testimonio de nuestra fe. Tampoco nos pasa desapercibida otra dificultad, fruto de planes y maquinaciones, que se presentan ya solapados ya violentamente, para coartar la libertad religiosa y la vida de la Iglesia e incluso para reducirla al silencio. Tampoco hemos olvidado a los oprimidos, principalmente a cuantos padecen persecución por el Evangelio: éstos, llevando en sí mismo la Buena Nueva de la cruz, realizan una excelente labor de evangelización y ayudan no poco a toda la Iglesia en el cumplimiento de su misión.

9. Somos conscientes también de las dificultades originadas por el cambio tan rápido y radical de las condiciones de nuestro tiempo por lo que se refiere a hacer más inteligible para el hombre de hoy el mensaje evangélico. Pero sabemos, además, que la comunicación del Evangelio es un proceso dinámico. Esta comunicación se lleva a cabo con la palabra, las obras y la vida, íntegramente unidas entre sí, y queda determinada por varios elementos casi constitutivos de los oyentes de la palabra de Dios: sus necesidades y aspiraciones, la manera de hablar, sentir, pensar, juzgar y relacionarse con los demás. Todas estas condiciones, muy diferentes según los distintos lugares y tiempos, incitan a las Iglesias particulares a una adecuada "traducción" del mensaje evangélico, y, según el principio de la Encarnación, a idear formas siempre nuevas, pero fieles, de "arraigarse". Así mismo el progreso de los medios de comunicación social abre a la evangelización nuevos cauces que responden a la manera de pensar y actuar de los hombres de hoy.

Al mismo tiempo creemos firmemente que el Espíritu Santo no deja de actuar en la Iglesia de Cristo para promover y asegurar esta renovación, por medio de todos los que dan testimonio de una vida santa, por medio de la experiencia pastoral de aquellos a quienes Dios ha puesto para regir la Iglesia y de todos sus colaboradores en los ministerios eclesiales, por medio de los dones ampliamente difundidos entre los fieles y por medio de la fecunda colaboración entre Pastores y Teólogos.

10. Para realizar todo esto, apoyados en el fundamento del bautismo y en el patrimonio de nuestra fe común, deseamos colaborar más intensamente con los hermanos cristianos con los que todavía no nos une una comunión plena, con sus iglesias y comunidades eclesiales, en orden a poder dar ante el mundo, ya desde ahora, un testimonio más eficaz de Cristo en la obra evangelizadora, mientras seguimos trabajando para alcanzar de Dios la unión plena. A ello nos obliga el mandato de Cristo; la misma misión de predicar y dar testimonio del Evangelio lo exige.

11. Confiados en la acción del Espíritu Santo, la cual se da también fuera de los límites de las comunidades cristianas, queremos continuar el diálogo con las religiones no cristianas, tanto para comprender más profundamente la novedad del Evangelio y la plenitud de la Revelación, como para poder mostrarles mejor la verdad salvífica del amor de Dios realizada en Cristo.

También queremos pedir la colaboración de todos los hombres de buena voluntad que, movidos indudablemente por razones diversas, pero con sinceridad de corazón, buscan un sentido más elevado a la vida humana y trabajan en favor de sus hermanos para procurarles condiciones de vida más humanas.

12. Entre los muchos temas abordados por el Sínodo, hemos prestado especial atención al de las relaciones entre evangelización y salvación integral o liberación plena tanto de los hombres como de los pueblos. En cuestión de tanta trascendencia nos hemos sentido en profundo acuerdo en orden a afirmar de nuevo la conexión íntima que existe entre la obra de la evangelización y esa liberación. A ello nos ha movido no solo una relación estrecha con nuestros fieles y con los demás hombres, cuya vida y suerte común compartimos, sino principalmente el mismo Evangelio que nos ha sido confiado misericordiosamente y que es la Buena Nueva de la salvación para todo el hombre y para la entera sociedad humana; salvación que hay que iniciar y manifestar ya ahora en este mundo, aun cuando solo puede alcanzar su plena realización más allá de los límites de esta vida.

Movidos por la caridad de Cristo e iluminados por la luz del Evangelio, abrigamos la esperanza de que la Iglesia, cumpliendo con mayor fidelidad su tarea evangelizadora, anuncie la salvación integral del hombre, o sea, su plena liberación, y

comience ya desde ahora a realizarla. En efecto, como comunidad totalmente comprometida en la evangelización, ésta obliga a imitar a Cristo, que explicó su misión con las siguientes palabras: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos" (Lc 4,18).

Fiel a su misión evangelizadora, la Iglesia, como comunidad realmente pobre, orante y fraterna, puede hacer mucho en favor de la salvación integral o plena liberación de los hombres. En efecto, puede sacar del mismo Evangelio razones más profundas y un impulso siempre renovado para promover la entrega generosa al servicio de todos los hombres, sobre todo de los pobres, de los más débiles y de los oprimidos, y para eliminar las consecuencias sociales del pecado, que se traducen en estructuras sociales y políticas injustas. Más aún, la Iglesia, apoyándose en el Evangelio de Cristo, y fortalecida con su gracia, puede evitar desviaciones en los mismos esfuerzos de liberación, de forma que ella misma no se quede dentro de los límites meramente políticos, sociales y económicos, que ciertamente debe tener en cuenta, sino que conduzca a la plena libertad: del pecado, del egoísmo individual y colectivo, y la trascendencia de la plena comunión con Dios y con los hombres, considerados como hermanos. De esta forma la Iglesia, con su peculiar estilo evangélico, promueve la verdadera y plena liberación de todos los hombres, grupos y pueblos.

Con este espíritu de solidaridad humana y evangélica, hemos querido, estos días, dirigir al mundo un Mensaje sobre los derechos humanos y la reconciliación.

13. Es un deber de nuestra misión estar presentes entre los hombres de nuestro tiempo para llevarles la presencia de Cristo, el Verbo Encarnado. Por ello, nosotros al regresar a nuestras Iglesias particulares, como en otro tiempo los discípulos fortalecidos por su vivencia del Señor resucitado, encontramos nuevas oportunidades para promover más eficazmente la evangelización de todo el mundo y su auténtica liberación. Ciertamente somos conscientes de tener que afrontar muchas dificultades. Pero caminamos hacia el próximo futuro con una gran esperanza, que brota de nuestra íntima unión con Cristo crucificado, el cual nos conduce eficazmente a participar en su resurrección. De este modo, la Iglesia, enraizada más profundamente en la fuerza y poder de Pentecostés, conocerá nuevos tiempos para la evangelización. Mientras se esfuerza por ser fiel a su misión en el mundo actual, la Iglesia se compromete totalmente al servicio del mundo futuro. Efectivamente, aunque no sabemos lo que va a ser de este mundo futuro, Cristo, Señor y Centro de la historia humana, nos estimula a seguir siempre avanzando. El tiempo intermedio entre la Pascua y la Parusía es el tiempo de la tensión y aspiración hacia el fin que ha de venir. Misión de la Iglesia en este período de tiempo es prefigurar y preparar la realización definitiva del reino de Dios. Sabemos que el Señor asiste incesantemente a su Iglesia y nos acompaña en nuestro peregrinar. Estará con nosotros todos los días (cfr. Mt 28,20), confortándonos con los dones de su gracia, llevándonos gradualmente a la verdad total mediante la acción de su Espíritu (cfr. Jn 16,13), confirmando nuestra palabra con signos (cfr. Mc 16,20) mientras confesamos que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre (cfr. Flp 2,11).

En vísperas del Año Santo que va a celebrarse en Roma, tenemos la firme persuasión de que todo el pueblo de Dios, aprovechando esta especial oportunidad de la gracia, mediante la conversión de corazón, la completa renovación y una profunda reconciliación, podrá cumplir más eficazmente su misión evangelizadora y la misma Iglesia podrá aparecer con mayor evidencia como divinamente enviada a las gentes para ser sacramento universal de salvación.

Al terminar nuestros trabajos sinodales, dirigimos nuestra mirada y nuestros corazones a la bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, para recibir como ella, con apertura de mente y docilidad de espíritu, la palabra de Dios y ofrecerla al mundo después de haberla meditado y observado fielmente.

Ciudad del Vaticano, 25 de octubre de 1974.